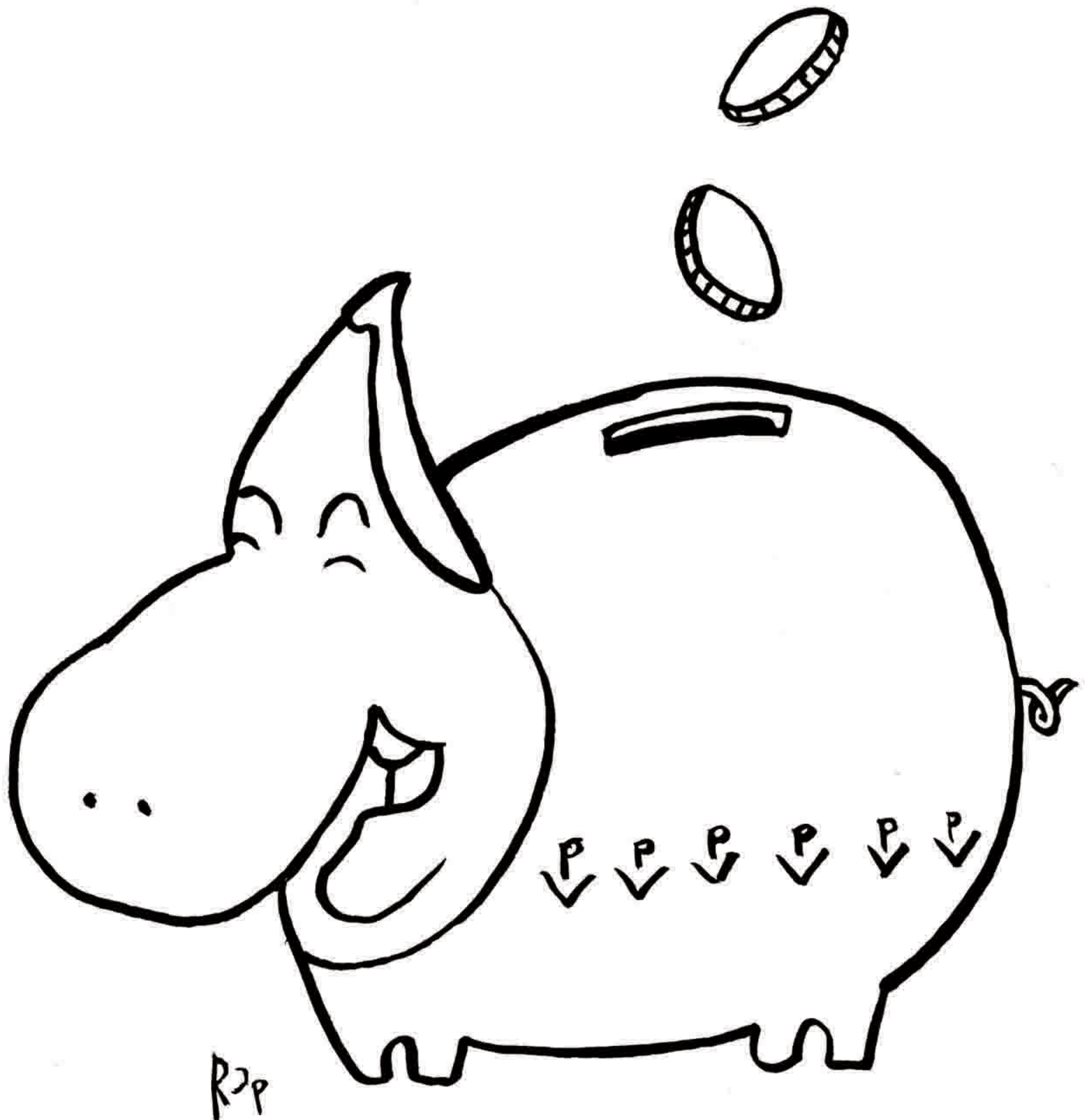


Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

10 Conducción política y economía



La palabra “estrategia” se ha transformado en una palabra peronista, algo nada imprevisible ya que proviene del léxico militar de Perón. Para el mayor de la década del '30 estrategia es un *modo de la conducción*. Hay una conducción central, una conducción que dispone de la distribución de todas las restantes fuerzas. Su responsabilidad es total y –además– a esa conducción, a la *estratégica*, se someten todas las otras conducciones. El estratega es el que conduce al conjunto de las fuerzas. A la totalidad de ellas. Así, dice Perón: “*Conducción estratégica*: Es la que se refiere a la conducción del total de las fuerzas puestas en juego” (*Ibid.*, p. 135). La *conducción táctica* no se refiere a la conducción de la totalidad de las fuerzas, sino que “conduce en detalle”. Lo estratégico se realiza a través de lo táctico. Lo táctico es la instrumentalización de lo estratégico. Pero lo táctico nunca debe sustantivarse. La sustantivación de lo táctico crearía una nueva conducción estratégica. Como se ve, por medio del hegeliano Clausewitz entra Hegel en el peronismo. La relación táctica y estratégica es la relación que la dialéctica hegeliana establece entre la totalidad y las partes. La estrategia se refiere a la totalidad. Pero la totalidad está tramada por todas las líneas tácticas que le dan contenido. Un conductor estratégico sin elementos tácticos sería un estratega de la nada. Hay una estrategia porque hay una táctica. Porque hay muchas tácticas. La estrategia consiste en dar un orden a todas las líneas tácticas, *en conducir las a todas hacia un mismo fin*. Tarea que el Perón de Madrid llevó adelante con éxito. Movié todas sus fuerzas en la dirección que la estrategia planteaba. El desarrollo del arte de la conducción se exhibió con brillantez desde Madrid. No pudo constituirse un *peronismo sin Perón*. Tomemos un ejemplo: el vandorismo intentó ser la sustantivación de una línea táctica. Toda línea táctica que abandona la totalización que impone la conducción estratégica, deja de ser táctica. Ya no puede ser una táctica de nadie. Debe convertirse en estratégica para seguir adelante. Podríamos decir entonces que *el vandorismo fue la estrategia de instaurar un peronismo sin Perón*. También, en los setenta, los sectores combativos del alternativismo, al desconocer la conducción de Perón, se apartaban de la estrategia totalizadora del conductor. Inauguraban una línea estratégica: la del peronismo sin conducción de Perón. La pregunta es: si se seguía aceptando la identidad peronista, ¿se podía desconocer la conducción de Perón? La respuesta planteaba complicaciones. No respondemos a la conducción de Perón, pero sí a la identidad del pueblo peronista. El pueblo peronista, sin embargo, sólo se movilizaba por la gran consigna de la época: *Perón vuelve*. Esto galvanizaba a todas las fuerzas del movimiento. Era difícil plantear una lealtad al pueblo y una no lealtad a Perón. De aquí que el vandorismo, en los sesenta, fracasara. Vandor no era Perón. Vandor no era la figura maldita. Las masas no esperaban su regreso en un avión negro.

En cuanto al alternativismo de los setenta tuvo que ir girando cada vez más hacia lo que ya era cuando se proclamó alternativista: a la oposición a Perón. No sólo a la no aceptación de su conducción estratégica, sino a la abierta oposición a ella. La lógica de la conducción es de hierro: si el conductor estratégico conduce a la totalidad, las líneas tácticas tienen que aceptar la conducción estratégica. De lo contrario, salen de la estructura de totalización y tienen que *totalizar a partir de ellas*. Aquí, ya estoy usando los conceptos del Sartre de la *Crítica de la razón dialéctica*. Digámoslo así: el que totaliza es el conductor. Las partes de la totalidad son totalizaciones en curso, totalizaciones parciales. Pero (a diferencia del magistral juego de la dialéctica sartreana), la conducción estratégica quiere *totalizar desde un esquema de poder*. El que totaliza es el conductor estratégico. No hay un juego de totaliza-

ciones y destotalizaciones y retotalizaciones. En la conducción de la guerra no hay la libertad que Sartre encuentra en la praxis dialéctica. Perón asume la estrategia jerárquica del *conductor*. Él es quien decide cuándo totaliza, o cuándo no, a qué línea táctica otorga prioridad, cuál avanza, cuál retrocede, y hasta cuál muere por no tener ya el respaldo, el reconocimiento de la conducción estratégica. El conductor asume el papel de la astucia de la razón hegeliana. La totalidad requiere de lo particular porque es a través de él que se realiza. Pero lo particular desconoce el rumbo de la totalidad. Sólo la Historia sabe su secreta teleología. Los particularismos actúan sin saber qué sentido final tendrán sus acciones. Ponen la pasión. Es la *astucia del conductor* la que conduce las infinitas pasiones hacia el mismo fin. El único que conoce el fin es el conductor *porque él lo establece con su conducción*. De este modo, el peronismo, como la Historia en Hegel, ha hecho la historia con la pasión de sus conductores tácticos, de sus militantes, que, aun cuando pudieran encontrar consuelo en la frase célebre que proclama que todo el que es conducido tiene un papel en la conducción o que todo soldado lleva en su mochila el bastón de mariscal, han sido arcilla en los designios de la conducción estratégica, que ha hecho con ellos su plan teleológico, el sentido final de la conducción. El fracaso de toda esta trama se produce a partir de Ezeiza. Ezeiza es el estallido de las conducciones tácticas. Por decirlo algo locamente, el peronismo, a partir de Ezeiza, pasa de Hegel a los posestructuralistas y aun a los posmodernos. La Historia estalla en mil pedazos. Lean al Foucault de la *Microfísica del poder* o de *La verdad y las formas jurídicas*. Por ejemplo, volvamos nuestra atención hacia ese notable texto de 1971 que es *Nietzsche, la genealogía, la historia*. Escribe Foucault: “El gran juego de la historia es quién se adueñará de las reglas, quién ocupará la plaza de aquellos que las utilizan, quién se disfrazará para pervertirlas, utilizarlas a contrapelo, y utilizarlas contra aquellos que las habían impuesto; quien introduciéndose en el complejo aparato, lo harán funcionar de tal modo que los dominadores se encontrarán dominados por sus propias reglas” (Michel Foucault, *Microfísica del poder*, La Piqueta, Buenos Aires, 1992, p. 18). Se trata de un texto de excepcional riqueza para entender la tragedia que se extiende desde el regreso de Perón hasta su muerte. Sobre todo, digo, *este* período. El de la relación de enfrentamiento, de discusión y apropiación de la doctrina y de la conducción que se da entre Perón y la izquierda peronista, ya ahí claramente hegemónizada por Montoneros. Observemos cómo el texto de Foucault nos permite ver el fracaso de la dialéctica conductor/conducidos, totalidad/particularidad que Perón estaba acostumbrado a desarrollar triunfalmente desde Madrid.

LO UNO Y LO MÚLTIPLE

El peronismo establece un gran relato. Todo gran relato requiere de una visión lineal de la historia. El *relato* le entrega a los hechos históricos un sentido, una racionalidad de la que carecen. Pero –en ciertos momentos– se ve un sentido en la historia. Esto lo vieron los peronistas desde el mismísimo 1955. Ni siquiera era necesario demostrar cuál sería el sentido de la historia en los años por venir: el regreso de Perón. Se establece entonces un relato: 1) *Paraíso*; 2) *Pérdida o expulsión del Paraíso*; 3) *Tránsito por la tierra del dolor. Lucha por la reconquista del Paraíso*. Acaso esto no fuera perceptible por quienes se movían por fuera del peronismo. Pero todas las luchas, desde la Resistencia hasta el peronismo combativo de Ongaro, el padre Mujica, Rodolfo Ortega Peña, los referentes de la “corriente nacional” (Jauretche, Hernández Arregui), García Elorrio y el grupo de *Cristianismo y Revolución*, los sacerdotes del Tercer Mundo, Cooke, etc., se dirigían hacia un mismo objetivo. Algo que se decía así: *el regreso incondicional del general*

Perón a la patria. Esta frase dio sentido a dieciocho años de lucha militante en la Argentina. Sí, es cierto que quienes miraban de afuera no se incluían en este relato. Pero era imposible no hacerlo: se incluían en tanto eran quienes no lo hacían. Tarde o temprano, todos los que se oponían al Régimen fueron viendo que la imposibilidad de éste para consolidarse, que el fracaso de todos sus intentos era la figura indigerible de Perón. Fueron, en alguna medida, años de felicidad. Todo estaba claro. El pueblo peronista, todos los grinitos que esperaban a Perón, era lo que el marxismo llamaba “las masas”. No era el proletariado británico, lo hemos dicho. Pero eran las masas. Marx también hablaba de “las masas”. Las “masas” eran peronistas y esperaban a Perón: había que traerlo. En lo que –no explícita pero sí claramente– se difería era en la concepción de la *recuperación del Paraíso*. Para muchos, y, sobre todo, para las “masas peronistas”, para “el pueblo peronista” por todos invocado, recuperar el Paraíso era volver a “los años felices”. Favio fue tal vez el que mejor interpretó siempre a este pueblo peronista. El peronista simple que sólo quería vivir bajo el amparo del general Perón. Quería sentir que el Estado volvía a cuidar de él. Ya se sabía: el peronismo no era el capitalismo ni era el marxismo. Era una tercera posición humanista y cristiana. Los que luchaban para que la vuelta de Perón se pusiera al servicio de las luchas revolucionarias en la Argentina, las luchas del socialismo latinoamericano, del Che, de la Cuba de Castro, no veían que la recuperación del Paraíso

se lograra sólo con el regreso de Perón. Ése era un punto de partida. Hubo incluso una llamada “teoría del primer mes” que circuló profusamente entre la militancia juvenil. Apenas volviera Perón había que tomar el poder en el primer mes aprovechando el desconcierto del enemigo. La que tomó el poder en el primer mes terminó por ser la derecha del movimiento. Fascista y violenta, asesina.

Vamos al texto de Foucault. Contra toda visión de la historia como expresión de un *decurso lineal*, Foucault se propone que “el gran juego de la historia” reside en quién se apropiará de las reglas”. Hasta su regreso, las reglas (la estrategia) las tenía Perón. A partir de su regreso, los Montoneros empiezan a disputárselas. “Quién ocupará la plaza de aquellos que las utilizan”. Es decir, si Perón ocupa la Plaza de Mayo porque utiliza las reglas a partir de su reconocimiento

como conductor habrá que disputarle la plaza desconociéndole ese papel, el de poseedor de las reglas. Y el siguiente texto de Foucault es luminoso: quién se *disfrazará* para pervertir las reglas, para “usarlas a contrapelo”, para usarlas “contra aquellos que las habían impuesto”. El que no quiera entender el juego de máscaras de la izquierda peronista a través de este texto e insista en el malentendido o en la

ingenua generación engañada, entiende poco de lo que pasó. La izquierda peronista “se disfrazó” de peronista para “pervertir las reglas”. Era necesario “disfrazarse de peronista” para llevar las reglas del peronismo, pervirtiéndolas, es decir, negando su sentido originario, pero ya primitivo, hacia los valores revolucionarios de la época que se vivía en América Latina. Esto implicaba utilizar las reglas “contra aquellos que las habían impuesto”. Implicaba introducirse “en el complejo aparato” (en el movimiento peronista) y hacerlo “funcionar de tal modo que los dominadores se encontraran dominados por sus propias reglas”. Este pasaje de Hegel a Foucault (a quien sería impropio llamar “posmoderno” pero ha sido quien les dio lo mejor de los materiales con que habrían de trabajar: la discontinuidad, la multiplicidad, el choque de las diferencias dentro de la trama histórica, la ausencia de un *centro*, la ausencia de un sujeto trascendental, de un sujeto constituyente de esa trama, su *decurso* no lineal sino quebrado, caótico, el “disparate” nietzscheano) es el pasaje del Perón conductor estratégico hasta el 20 de junio de 1973 al estallido de las contradicciones que se produce a partir de esa fecha, de un modo *evidente*. Lo que estaba oculto en las sombras, conjurado por el conductor, estalla. Observemos esto: Perón, en tanto conductor estratégico, juega el papel del sujeto trascendental de las filosofías de la llamada “metafísica del sujeto”. Es *desde* Perón que el peronismo se constituye. Luego de Ezeiza, la consagración de lo múltiple. De esta forma, Ezeiza implicaría el pasaje de una filosofía de lo *uno* a una filosofía de lo *múltiple*. Perón quiso mantener su filosofía de lo *uno*: todos deben acatar la voluntad de la conducción estratégica. No se hizo así. Los elementos de la totalización —que hacía del movimiento la máxima forma de

lo *uno*, y es coherente que Perón declare la *etapa dogmática* el 21 de junio, pues *lo dogmático es lo uno*— se desgajan de la totalización, la destotalizan.

La totalidad ya no controla a la destotalizaciones ni nadie espera que se llegue a una nueva totalización. Quiero decir: cada fracción lucha por ser ella la que, por fin, totalice. *La que logre totalizar a las demás habrá triunfado*. Pero no estamos en un esquema epistemológico, sino que estamos en presencia de una epistemología de guerra. La particularidad que logre ocupar el espacio de la totalización habrá liquidado, por la fuerza, por la violencia, a las otras. Busco apoyo en Foucault: “Nietzsche coloca en el núcleo, en la raíz del conocimiento, algo así como el odio, la lucha, la relación de poder (...) Solamente en esas relaciones de lucha y poder, en la manera en que las cosas se oponen entre sí, en la manera en que se odian entre sí los hombres, luchan, procuran dominarse unos a otros, quieren establecer relaciones de poder unos sobre otros, comprendemos en qué consiste el conocimiento (...) Cuando Nietzsche habla del carácter perspectivico del conocimiento, quiere señalar el hecho de que sólo hay conocimiento bajo la forma de ciertos actos que son diferentes entre sí y múltiples en su esencia, actos por los cuales el ser humano *se apodera violentamente de ciertas cosas, reacciona a ciertas situaciones, les impone relaciones de fuerza*. O sea, *el conocimiento es siempre una cierta relación estratégica en la que el hombre está situado*” (Michel Foucault, *La verdad y las formas jurídicas*, Gedisa, 2003, pp. 28/39. Bastardillas mías). Notable texto cuya última línea Sartre habría suscripto.

LO UNO EN TANTO SIGNIFICANTE VACÍO

Conceptualmente (también en este plano), el período que va de 1955 hasta 1973 y —sobre todo— el que se dilata trágica-

mente entre 1973 y 1974, en vida de Perón, y luego sigue hasta el golpe, es el período más rico, más sobredeterminado del peronismo. El Perón hegeliano *de siempre*, el Perón de lo *uno*, el Perón de la conducción estratégica, se ve cuestionado por la *multiplicidad* a partir de Ezeiza. O algo peor aún para su poder estratégico: la conducción estratégica trabaja *por afuera* de las conducciones tácticas. Cuando, en *Conducción política* —que es un libro muy importante—, Perón se asume como el Padre Eterno lo hace porque, como bien dice, siempre que se forman dos bandos peronistas él no se embandera con ninguno. La función del conductor estratégico es estar con todos. Pero, a partir de Ezeiza (y aquí reside la *tragedia* de Perón), la conducción estratégica tiene que hundirse en el *desorden* de las conducciones tácticas. Al hacerlo, ya no puede conducir a la totalidad. Vamos a recurrir al excelente trabajo que Ernesto Laclau ha hecho sobre esta cuestión. Escribe Laclau: Perón, en Madrid, “interventía sólo de modo distante en las actividades de su movimiento, teniendo buen cuidado de no tomar parte en las luchas fraccionales internas del peronismo” (Ernesto Laclau, *Emanipación y diferencia*, Buenos Aires, Ariel, 1996, p. 101). Aquí, según vimos, Perón es el momento de la totalización. Para serlo, tiene que enunciar de tal modo que sus enunciaciones valgan para todos. Perón es el *significante*. *El único significativo del movimiento peronista hasta Ezeiza es el significativo “Perón”*. Laclau lo va a decir desde una posición más cercana a la semiología y al lacanismo (disciplinas que no son excesivamente ni medianamente de mi agrado, pero, como decía Foucault cuando le reprocharon que conocía poco del positivismo lógico: *Nobody is perfect*), no obstante —contrariamente a lo que suele suceder—, este hecho no le restará transparencia: “En tales circunstancias (Perón en Madrid, Perón en el exilio, Perón *afuera*, JPF), él estaba en las condiciones ideales para pasar a ser un ‘significante vacío’ que encarnara el momento de universalidad en la cadena de equivalencias que unificaba al campo popular” (*Ibid.*, p. 111). El campo popular está fraccionado. Todos saben quiénes son y quiénes serán cuando llegue el momento de la lucha, el momento en que cada una de las fracciones busque imponerse en tanto totalidad, en tanto momento universal en la cadena de equivalencias. Volviendo: si el campo popular está unido es porque el campo de equivalencias se remite a *una instancia de universalidad*. En suma, al conductor estratégico. A Perón. Perón es un *significante vacío* porque encarna el momento de universalidad. Sólo él puede encarnarlo. Una vez en el campo de operaciones, en tierra argentina, el *significante* ya no expresa lo universal, deviene una particularidad más dentro de la lucha de particularidades. No hay, a partir de Ezeiza, totalización. No hay momento de universalidad. Hay lucha. Fragmentación. Choques de lo múltiple. Todos los elementos de lo múltiple remiten a *un nuevo momento de universalización*: la Muerte. Si todos matan, es la Muerte la que totaliza. A partir de Ezeiza y a partir de la muerte de Perón (aunque Perón, en tanto *significante vacío*, en tanto de elemento de universalidad, *ya había muerto en Ezeiza*), lo *múltiple* se enfrenta en la modalidad de la violencia. El conocimiento que cada praxis diferenciada adquiere de sí misma y de su enemigo es ese conocimiento que, según Foucault, Nietzsche veía como lucha, odio, relación de poder. Si de definir se trata, recordemos que definió al conocimiento como “relaciones de poder”. “Solamente (reiteramos la cita) en esas relaciones de lucha y poder, en la manera en que las cosas se oponen entre sí, en la manera en que se odian entre sí los hombres, luchan, procuran dominarse unos a otros, quieren establecer relaciones de poder sobre otros, comprendemos en qué consiste el conocimiento”. ¿Cuál es el nuevo universal

que se establece? ¿Cuál es el nuevo significativo vacío que da unidad a todas las praxis en la medida en que todos remiten a él: la Muerte. *Lo uno es la muerte*. Sospecho que algo parecido han hecho Verón y Sigal en *Perón o muerte* pero no tengo a mano ahora ese libro; excelente, sin duda.

Volviendo. En la etapa anterior a Ezeiza, cuando Perón es el momento de universalidad del peronismo, su significativo vacío, aquél al cual todos remiten y el *único enunciador* de las acciones del movimiento, el único que puede validarlas, reconociéndolas, ¿cómo se planteaban las cosas? Las particularidades acataban a Perón, pero ese acatamiento, ¿era sincero o era una máscara que todos se ponían porque no se podía hacer política sino en nombre del peronismo y en nombre de Perón?

Mi novela *La astucia de la razón* plantea este tema en un diálogo ficcional que trama entre René Rufino Salamanca, el líder obrero de los mecánicos cordobeses, y John William Cooke. Voy a vulgarizar un poco la novela transcribiendo sólo los diálogos. Estos diálogos, en ella, se mezclan con bloques narrativos, algo que los torna complejos en su lectura. Ahorrémoslo aquí. Cooke había ido a Córdoba para dar una conferencia sobre el fallido regreso de Perón de 1964, abortado por la Cancillería del gobierno de Arturo Humberto Illia y todo el país gorila. Ahora, Cooke y Salamanca están en la calle 27 de Abril, en la casa de los mecánicos, y ahí tienen un diálogo trascendente. Salamanca dice a Cooke:

—Mirá, Gordo, el problema es éste: los obreros son peronistas, pero el peronismo no es obrero.

Cooke responde:

—Si el peronismo fuera obrero como los obreros son peronistas, la revolución la haríamos mañana mismo.

—Y sí, claro —dice Salamanca—. Tenemos que conducir a la clase obrera al encuentro con su propia ideología. Que no es el peronismo.

—Estás equivocado —dice Cooke—. Eso es ponerse afuera de los obreros. Eso es hacer vanguardismo ideológico, Salamanca. Recordá el brillante consejo de Lenin: hay que partir del estado de conciencia de las masas. ¿Está claro, no? La identidad política de los obreros argentinos es el peronismo. No estar ahí, es estar afuera.

Salamanca, muy firme, dice:

—Bueno, compañero. entonces nosotros estamos afuera. Afuera del peronismo y sobre todo afuera de la conducción de Perón.

Cooke, irónico, sonrío. Se siente seguro. Sabe que tiene algo sorpresivo para decirle a Salamanca (y probablemente a todos nosotros). Antes, lo agrade un poco. Siempre con estima, con respeto, pero no deja de decirle lo que duele de los tipos como Salamanca, de la izquierda obrera argentina. De los cordobeses combativos.

—No hay caso entre ustedes y Perón, ¿eh? Cómo les jode, che. “Bonapartista.” “Nacionalista burgués.” A veces, “fascista”. Pero esto, menos. Se lo dejan a la derecha. Pero todo lo que le dicen, también “populista” y algo más que seguramente olvido, son distintas formas de decir lo mismo, Salamanca. Que Perón no representa los verdaderos intereses de la clase obrera. Que la clase obrera argentina tiene un líder y una ideología burgueses. Bueno, mirá, escuchame bien. —Y aquí dijo su frase sorpresiva. La frase más inesperada de la noche. Ahí, en la calle 27 de Abril, la calle de los mecánicos. Dijo Cooke—: Yo me cago en Perón.

Salamanca responde:

—Nosotros también nos cagamos en Perón. Parece que estamos más de acuerdo de lo que creíamos.

—No —dice Cooke—, no estamos de acuerdo. Porque ustedes se cagan en Perón

de una manera y yo y los peronistas como yo de otra. Porque, para ustedes, compañero, cagarse en Perón es quedarse afuera. Afuera de Perón y de la identidad política del proletariado. Mientras que para nosotros, cagarnos en Perón es rechazar la obsecuencia y la adulonería de los burócratas del peronismo. Es reconocer el liderazgo de Perón, pero no someternos mansamente a su condición estratégica. Para nosotros, Salamanca, para mí y para los peronistas como yo, para los peronistas revolucionarios, cagarnos en Perón es *creer y saber que el peronismo es más que Perón*. Que Perón es el líder de los trabajadores argentinos, pero que nosotros, los militantes de la izquierda peronista, tenemos que hacer del peronismo un movimiento revolucionario. De extrema izquierda. *Y tenemos que hacerlo le guste o no a Perón*. Porque si lo hacemos, compañero, a Perón le va a gustar. Porque Perón es un estratega y un estratega trabaja con la realidad. Una realidad que, más allá de sus convicciones que son muy difíciles de conocer, Perón va a tener que aceptar. Porque Perón, Salamanca, ya no se pertenece. Quiero decir: lo que no le pertenece es el sentido político último que tiene en nuestra historia. Porque Perón va a tener que aceptar lo que realmente es, lo que el pueblo hizo de él: el líder de la revolución nacional y social en la Argentina. Ésa es, entonces, compañero, en suma, mi manera de cagarme en Perón”.

EL ARTÍCULO 40 DE LA CONSTITUCIÓN DEL '49

La Constitución de 1949 tiene la explicación y fundamentación de los elementos centrales de la economía peronista. Es notorio que pocos recurren a este texto. Los antiperonistas lo relegan argumentando que sólo tenía el propósito de posibilitar la reelección de Perón. Escrita en gran medida y pensada casi por completo por un jurista de talento como Arturo Sampay, ese texto tiene una vigencia revolucionaria en más de uno o dos y más aspectos. Tampoco los peronistas lo citan muchos pues lo consideran impracticable y no desean comprometerse con un corpus jurídico e ideológico salido de las entrañas de lo mejor del primer peronismo, hecho que los comprometería como peronistas y los llevaría a la encrucijada de hacerse cargo de él en épocas como ésta, en que cuestiones como la “función social de la propiedad privada” suenan a subversión pura. Y, en efecto, lo son. Nadie desconoce el atraso que las mejores causas que podrían dibujar el rostro de una nación autónoma han sufrido en tantos años de masacres, retrocesos o triunfos mundiales del pensamiento de derecha.

El artículo 38 de esa Constitución que, es razonable decirlo ya, fue uno de los elementos centrales de la cultura del peronismo que la “Libertadora” prohibió, se asume desde una polémica con la concepción alberdiana de la Constitución de 1853 que proponía, como era esperable, la inviolabilidad de la propiedad privada. Hegel decía que la propiedad privada es la *expresión objetiva de la libertad de los sujetos*. La Constitución del '49 desmiente a Hegel y a Alberdi. El texto de Sampay llena de cierta nostalgia al ser leído hoy, al recordarlo a él como el gran jurista que fue y cómo se puso codo a codo con un gobierno cuestionado por los “doctores”, clase a la que pertenecía. Leemos en el artículo 38: “La propiedad privada tiene una función social y, en consecuencia, estará sometida a las obligaciones que establezca la ley con fines de bien común”. El concepto es éste: *la función social de la propiedad privada*. Que la propiedad privada tenga una *función social* implica erosionar toda la concepción burguesa acerca del poder. Es un avance del Estado sobre el

poder individual. Sobre uno de los dogmas sagrados del liberalismo constitucional. Veamos cuál es el papel del Estado: “Incumbe al Estado fiscalizador *la distribución y la utilización del campo e intervenir* con el objeto de desarrollar e incrementar su rendimiento en interés de la comunidad y procurar a cada labriego *la posibilidad de convertirse en propietario de la tierra que cultiva*”. Se dirá que es charlatanería demagógica. Ningún obrero leía este texto. Era el avance de una línea, dentro del movimiento, que buscaba avanzar sobre el poder del capitalismo agrario. Esa línea era la de Sampay. Esa línea fue la que los enemigos del peronismo siempre vieron como la presencia de una peligrosidad que, al margen de los retrocesos del peronismo del '52 al '55, siempre podía *actualizarse* en el curso de los hechos. Quiero decir: un Gobierno que redacta un texto así *nunca* va a ser confiable para la oligarquía argentina, para los defensores extremos de la propiedad privada. El Partido Peronista, en uno de sus mejores aportes al constitucionalismo argentino, explícita, justificándola, defendiéndola, los alcances que el concepto de *propiedad privada en función social* tiene: “La modificación del artículo 17 es una de las más trascendentales en orden a las proyectadas. La Constitución del '53 declara que la propiedad es inviolable (...) *la propiedad no es inviolable ni siquiera intocable* sino simplemente respetable a condición de que sea útil no solamente al propietario sino a la colectividad. *Lo que en ella interesa no es el beneficio individual que reporta sino la función social que cumple*” (todas las bastardillas son nuestras). La Constitución del '53 es cuestionada por la indiferencia ante las conmociones en que la nación puede verse envuelta: “Ni las necesidades militares en tiempo de guerra podían ser atendidas en gracia a la inviolabilidad de la propiedad. Este tabú trágico podía hacer morir a los ejércitos de la patria antes de permitir una requisación salvadora. Ni en la paz ni en la guerra se conmovía el concepto de la propiedad ni la sensibilidad de los propietarios”.

El más célebre de todos los artículos de la Constitución del '49 es el artículo 40. Hay, con él, una paradoja que señala la compleja historia del peronismo. Fueron los peronistas quienes más a fondo aniquilaron este formidable artículo. En 1971, el Gobierno de la Unidad Popular de Salvador Allende, lo incorpora al artículo 10 de la *Constitución política del Estado*: “El Estado tiene el dominio absoluto, exclusivo, inalienable e imprescriptible de todas las minas, las covaderas, las arenas metalíferas, los salares, los depósitos de carbón e hidrocarburos y demás sustancias fósiles, con excepción de las arcillas superficiales”. El artículo 40, en su pasaje más definitivo, afirma lo que vino a negar la gavilla del doctor Carlos Menem, todos los aventureros que acompañaron esa política entregada a la enajenación de los resortes esenciales que hacen que un país lo sea, que una nación exista, que un Estado no se someta a los capitales extranacionales o a los oligopolios que trabajan en complicidad con el empresariado nacional, pues, precisamente, lo que afirma el artículo 40 es lo que sigue: “Los minerales, las caídas de agua, los yacimientos de petróleo, de carbón y de gas, y las fuentes naturales de energía, con excepción de los vegetales, *son propiedades imprescriptibles e inalienables de la Nación*” (Nota: Fuentes consultadas: Arturo Enrique Sampay, *La reforma constitucional debe favorecer a la modernización de las estructuras*, *La Opinión*, 6/5/1972. Anteproyecto de reforma de la Constitución, Partido Peronista, Buenos Aires, 1949, y el libro de Arturo E. Sampay *Constitución y pueblo*, Cuenca Ediciones, Buenos Aires, 1973, p. 209).

PRÓXIMO
DOMINGO

Síntesis del primer
gobierno peronista

IV Domingo 27 de enero de 2008